

genio asombroso, conviene no perder de vista que esa desigualdad irritante es la causa de una libertad saludable; que la iniquidad social produce la prosperidad política; que una clase de grandes hereditarios es una clase de hombres de Estado hereditarios; que en siglo y medio ha tenido Inglaterra ciento cincuenta años de buen gobierno; que en siglo y medio Francia ha tenido ciento veinte años de mal gobierno; que todo se paga, y que se pueden pagar caros jefes capaces, una política continuada, elecciones libres y la fiscalización del gobierno por el país. Conviene también no perder de vista que un talento fundado en la reflexión intensa y concentrado en las preocupaciones morales, ha debido transformar la pintura de las costumbres en sátira sistemática y militante, exasperar la sátira hasta la animosidad calculada é implacable, ennegrecer la naturaleza humana, y cebarse, con odio refinado, redoblado y natural, contra el vicio principal de su país y de su tiempo.

§ 2.—EL ARTISTA.

I

En literatura, como en política, no se puede tener todo. Los talentos se excluyen, como las dichas; cualquiera que sea su constitución, un pueblo es siempre algo desgraciado; cualquiera que sea su genio, un escritor es siempre algo impotente. No podemos sostener á la vez más que una actitud. Transformar la no-

vela es deformarla: el que, como Thackeray, la atribuye por objeto la sátira, deja de atribuirla el arte por regla, y todas las fuerzas del satírico son flaquezas del novelista.

¿Qué es un novelista? A mi juicio, es un psicólogo, un psicólogo que, natural é involuntariamente, pone la psicología en acción; no es más ni otra cosa. Le gusta representarse sentimientos, con sus inclinaciones, precedentes y consecuencias; y se procura ese placer. A sus ojos, son fuerzas que tienen direcciones y magnitudes diferentes. De su justicia ó injusticia se cura poco. Los reúne en caracteres; concibe la cualidad dominante; percibe las huellas que esa cualidad deja en las otras; nota las influencias contrarias ó concordantes del temperamento, de la educación, de la profesión, y procura manifestar el mundo invisible de las inclinaciones y disposiciones interiores en el mundo visible de las palabras y de las acciones exteriores. A eso se reduce su obra. Le importa poco qué inclinaciones sean esas. Un verdadero pintor mira con placer un brazo bien plantado y músculos vigorosos, así sirviesen para aporrear á un hombre. Un verdadero novelista goza, por contemplación, de la grandeza de un sentimiento nocivo ó del mecanismo ordenado de un carácter pernicioso. Tiene por talento la simpatía, porque es la única facultad que copia exactamente la naturaleza; poseído de las emociones de sus personajes, no piensa más que en marcar su vigor, su especie y sus repercusiones. Nos las representa tales como son, íntegras, sin censurarlas, sin castigarlas, sin mutilarlas; las transporta á nosotros intactamente, dejándonos el derecho de juzgarlas como nos convenga. Todo su esfuerzo consiste en hacerlas visibles, en desentrañar los tipos oscurecidos y alterados por los acciden-

tes y las imperfecciones de la vida real, en poner de relieve las grandes pasiones humanas, en exaltarse con la grandeza de los seres que reanima y exaltarnos á nosotros con el vigor de sus creaciones. Reconocemos el arte en ese poder creador, indiferente y universal como la naturaleza, más libre y más poderoso que la naturaleza, que se apodera de la obra esbozada ó desfigurada de su rival para corregir sus defectos y llevar á cabo sus concepciones.

Con la ingerencia de la sátira cambia todo, y en primer término el papel del autor. Cuando éste habla por sí en la novela pura, es para hacer comprender un sentimiento ó indicar la causa de una facultad; cuando lo hace en la novela satírica, es para darnos consejos morales. Ya se ha visto cuántas lecciones nos obliga á sufrir Thackeray. Que sean buenas, nadie lo discute; pero lo menos que puede decirse es que ocupan el puesto de las explicaciones útiles. El tercio del volumen, empleado en advertencias, es perdido para el arte. Requeridos á meditar sobre nuestras faltas, conocemos menos el personaje. El autor descuida deliberadamente mil delicados matices que hubiese podido descubrir y revelarnos. El personaje, menos completo, es menos vivo; el interés, menos concentrado, es menos intenso. Apartados de él, en vez de ser atraídos hacia él, nuestros ojos se desorientan y le olvidan; en vez de absorbernos, nos distraemos. Y lo que es más y bastante peor: acabamos por aburrirnos un poco. Aquellos sermones son verdaderos, pero suenan á cosa trillada. Nos parece oír instrucciones de colegio ó leer manuales de seminario. Se encuentra algo parecido en los libros dorados, con tapas historiadas, que se da de aguinaldo á los niños. ¿Os entusiasma mucho oír que los matrimonios de conveniencia tienen sus inconve-

nientes; que se murmura del amigo en su ausencia; que hay hijos que affigen á sus madres con sus desórdenes; que el egoísmo es un defecto deplorable? Todo eso es verdad, pero verdad hartó sabida; y cuando escuchamos á un hombre, es para oír cosas nuevas. Esas añejas sentencias, aunque útiles y bien dichas, trascienden á sermón de dómíne, de ese pedante pagado, tan común en Inglaterra, del eclesiástico de corbata blanca, plantado como un palo en el centro de su mesa, para dirigir amonestaciones diarias á los jóvenes *gentlemen*, metidos allí como en una estufa por sus padres.

Esa presencia constante de una intención moral daña á la novela como al novelista. Preciso es confesarlo: hay volúmenes de Thackeray que tienen la fatal desgracia de repetir las novelas de miss Edgeworth ó los cuentos del canónigo Schmidt. No hay sino ver cómo nos presenta fracasando vergonzosamente en los exámenes al orgulloso, al manirroto, al casquivano y al haragán de Pendennis, y saliendo airosos, á la inversa, sus condiscípulos, chicos aplicados, aunque de menos disposiciones. Ese contraste edificante nos deja fríos: no tenemos ganas de volver á la escuela; cerramos el libro, y lo recomendamos como una píldora á nuestro primito. Hay otras puerilidades de menos bulto, pero que acaban también por cansar: no nos llena aquel prolongado contraste entre el buen coronel Newcome y sus malos parientes. Ese coronel da dinero y tortas á todos los niños, dinero y cachemiras á todas las primas, dinero y buenas palabras á los criados; y todos los favorecidos le responden con frialdades y groserías. Desde la primera página es patente que el autor quiere exhortarnos á ser afables, y nosotros nos rebelamos contra esa invitación tan descubierta; no nos hace gracia que nos reprendan en una

novela; nos pone de mal humor esa invasión de la pedagogía. Queríamos ir al teatro; nos ha engañado el cartel, y refunfuñamos entre dientes al vernos en el sermón.

Consolémonos: los personajes salen tan mal librados como nosotros; el autor los estropea al predicarnos; los sacrifica, como á nosotros mismos, á la sátira. No son seres que anima, sino muñecos que mueve (1). No combina sus acciones más que para que aparezcan ridículos, odiosos ó chasqueados. Al cabo de algunas escenas se descubre ese resorte, y en adelante se prevé siempre, y sin error, que va á funcionar. Esa previsión quita al personaje una parte de su verdad, y al lector una parte de su ilusión. Las sandeces perfectas, los reveses completos, las maldades consumadas, son una rareza. Los sucesos y los sentimientos de la vida real no se arreglan de modo que formen contrastes tan calculados y combinaciones tan hábiles. La naturaleza no inventa esos juegos escénicos; por eso nota uno en seguida que está delante de un escenario, enfrente de actores, con la cara pintada, que pronuncian las palabras escritas y hacen la mímica acotada.

Para representarse exactamente esa alteración de la verdad y del arte, es preciso comparar punto por punto dos caracteres. Hay un personaje que unánimemente se reputa como la obra maestra de Thackeray: Rebeca Sharp, intrigante y cortesana, pero mujer superior y de buenas formas. Comparémosla con un personaje semejante que presenta Balzac en *Los Parientes pobres*, con Valeria Marneffe. La diferencia de las dos obras indicará la diferencia de las dos literaturas.

(1) Son sus propias palabras. (Prólogo de la *Feria de las Vanidades*.)

Toda la ventaja que llevan los ingleses como moralistas y satíricos la llevan los franceses como artistas y novelistas.

Balzac está encariñado con su Valeria: por eso la explica y la agranda. No se esfuerza en hacerla odiosa, sino inteligible. La da una educación de cortesana y un marido «depravado como un presidio»; es despreocupada, pródiga y aficionada al lujo; tiene nervios de mujer, aversiones de mujer guapa y temple de artista. Nacida y educada de esa suerte, su corrupción es natural. La elegancia es para ella una necesidad, como el aire, y la busca dondequiera, sin remordimiento, como se bebe el agua del primer río que se encuentra. No es peor que su oficio: tiene todas sus disculpas, innatas y adquiridas, de temperamento, de tradición, de circunstancias, de necesidad; tiene todas sus fuerzas, el abandono, la gracia, la alegría loca, las alternativas de trivialidad y de elegancia, la audacia repentina, las invenciones cómicas, la magnificencia y el éxito. Es perfecta en su género, á modo de soberbio y peligroso corcel, admirado al par que temido. Balzac se complace en pintarla sin otro objeto que pintarla. La viste, la pone lunares, despliega sus faldas, se estremece ante sus movimientos de bailarina. Detalla sus ademanes con tanta fruición y tanta verdad como si el hombre hubiese sido doncella. Su curiosidad de artista encuentra un alimento en los mínimos pormenores de carácter y de costumbres. Al fin de una escena violenta se detiene sobre un momento vacío, y nos la presenta indolente, echada en los divanes, como una gata que bosteza y se estira al sol: como fisiólogo, sabe que los nervios de la bestia rapaz se relajan, y que la bestia no deja de saltar más que para dormir. Pero ¡qué saltos! Deslumbra, fascina,

hace frente, una tras otra, á tres acusaciones probadas; refuta la evidencia; alternativamente se humilla, se vanagloria, se burla, adora, demuestra, cambiando veinte veces en el mismo instante de tono, de ideas y de expedientes. Un viejo mercachifle, acorazado contra las emociones por el oficio y por la avaricia, se estremece oyéndola: «Me pisotea el corazón, me aplasta, me aturde. ¡Ah! ¡qué mujer! Cuando me mira friamente, me remueve como un cólico... ¡Cómo bajaba la escalera iluminándola con sus miradas!» El fuego, la energía, la atrocidad, encubren por doquiera la fealdad y la corrupción. Atacada en su fortuna por una mujer honrada, improvisa una comedia incomparable, representada con la elocuencia y la exaltación de un gran poeta, é interrumpida de pronto por la carcajada y la cruda trivialidad de una cómica. El estilo y las acciones se elevan hasta la grandeza de la epopeya. «Al oír decir Hulot y doscientos mil francos, Valeria lanzó una mirada que pasó por entre sus dos largos párpados como el fogonazo del cañón envuelto en su humo.» Un poco más lejos, sorprendida en flagrante delito por uno de sus amantes, brasileño y capaz de matarla, se doblega un momento; pero, rehecha en el mismo segundo, se secan sus lágrimas. «Se dirigió hacia él, y le miró tan ferozmente, que sus ojos centellearon como puñales.» El peligro la crece y la inspira, y sus nervios tensos envían al cerebro á oleadas el genio y el valor. Para acabar de pintar esa naturaleza impetuosa, superior y móvil, Balzac la hace arrepentirse en el último instante. Para equiparar su fortuna á su vicio, la conduce triunfante al través de la ruina, la muerte ó la desesperación de veinte personas, y en el momento supremo la anonada con una caída tan tremenda como su éxito.

Ante esa pasión y esa lógica, ¿qué es Rebeca Sharp? Una intrigante sesuda, juiciosa, de un temperamento frío, antigua pasanta con hábitos de parsimonia, verdadero hombre de negocios, siempre correcta, siempre activa, desnuda del carácter femenino, de la voluptuosa molicie y del arranque diabólico que pueden dar brillo á su carácter y gracia á su oficio. No es una cortesana; es un abogado con faldas y sin corazón. Nada más á propósito para inspirar aborrecimiento. El autor no desperdicia una ocasión de atestiguarla el suyo; en el curso de tres volúmenes la acosa á sarcasmos y á reveses; no la atribuye más que palabras falsas, acciones pérfidas, sentimientos repulsivos. Ya al entrar en escena, á los diez y siete años, acogida con la más rara bondad por una familia honrada, miente desde la mañana hasta la noche, y trata de pescar allí un marido con provocaciones groseras. Para abrumarla más, el mismo Thackeray hace resaltar todas sus bajezas, todas sus mentiras y todas sus faltas de decoro. Rebeca ha estrechado afectuosamente la mano de Josepón. «Era una indirecta, y, en tal concepto, algunas señoras de tono y de educación esmerada condenarán la acción como inmodesta; pero considerad que la pobrecilla Rebeca tenía que hacerlo todo por sí misma. Cuando una persona es demasiado pobre para sostener una criada, no tiene más remedio que barrerse su cuarto, por elegante que sea. Si una muchacha no cuenta con una querida mamá que arregle el asunto con los jóvenes, forzoso es que le arregle por sí misma.» Aya en casa de sir Pitt, se granjea la amistad de sus discípulas leyendo con ellas á Crévillon menor y á Voltaire. «La mujer del rector (escribe) me ha dirigido mil elogios por los adelantos de mis discípulas, creyendo sin duda

halagarme. ¡Pobre y sencillota campesina! ¡Como si á mí me importasen un ardite mis alumnas!» Esa frase es una imprudencia, poco natural en una persona tan reflexiva, y que el autor añade al papel para hacerle odioso. Un poco más adelante, Rebeca es groseramente adulatora y vil con la vieja miss Crawley; y sus palabras pomposas, visiblemente falsas, en vez de excitar admiración, son repulsivas. Es egoísta y embustera con su marido, y, mientras él está en el campo de batalla, ella no piensa más que en hacer hucha. Thackeray insiste deliberadamente sobre el contraste: el oficialote cuenta todo lo que posee, antes de marcharse, calculando lo que podrá producir á su mujer; para morir económicamente, se pone el uniforme más viejo y más raído. «Sus labios parecían formular algo como una oración por la que abandonaba. La alzó del suelo, y la estrechó un minuto contra su corazón, que latía violentamente. Al dejarla en el suelo, tenía encendida la cara y húmedos los ojos. En cuanto á Rebeca, como hemos dicho, había tomado la sabia resolución de no ceder á un sentimentalismo inútil. «Estoy horrible»—dijo, mirándose al espejo.—«¡Qué cara hace este traje de color rosa!» En esto se quitó el traje color de rosa; puso su ramo de baile en un vaso de agua; se metió en la cama, y se durmió tranquilamente.» Por estos ejemplos, juzgad de lo demás; Thackeray no se preocupa más que de degradar á Rebeca. La hace reo de dureza hacia su hijo, de robo contra sus proveedores, de impostura contra todo el mundo. Para colmar la medida, la presenta como juguete de sus propios artificios; haga lo que quiera, nada consigue. Comprometida por las insinuaciones que ha prodigado al imbécil José, espera de minuto en minuto una proposición matrimonial. Llega una carta anun-

ciando que José se ha marchado á Escocia, y ofrece sus respetos á miss Rebeca. Tres meses después se ha casado en secreto con el capitán Rawdon, un majadero pobre. Sir Pitt, padre de Rawdon, se echa á sus plantas, provisto de cien mil libras de renta, y se ofrece por marido. Rebeca, consternada, llora de desesperación. «¡Casada, casada, casada ya!» he ahí su exclamación, capaz de traspasar las almas sensibles. Más tarde trata de conquistar el corazón de su cuñada, dándose por buena madre. «¿Por qué me besas aquí, mamá!—la dice su hijo.—En casa no me besas nunca.» Descrédito completo; otra vez se encuentra perdida. Lord Steyne, su amante, la presenta en sociedad, la colma de alhajas y billetes de banco, y hace que nombren á su marido gobernador de una isla oriental. El marido vuelve inoportunamente; abofetea á lord Steyne; restituye los diamantes, y echa á Rebeca. Esta, errante por el continente, trata cinco ó seis veces de hacerse rica y de parecer honrada, y siempre la abate el azar en el momento crítico. Thackeray se divierte con ella, como un niño con un abejorro, dejándola trepar penosamente á lo alto de la escala, para tirarla del pie y hacerla caer vergonzosamente. Al cabo la arrastra por tabernas y entre bastidores, y nos señala de lejos con el dedo aquella mujer borracha y jugadora, sin querer volver á tocarla. En la última página nos la presenta viviendo holgadamente, gracias á una fortuna estafada por manobras oscuras, y la deja desacreditada, inútilmente hipócrita, relegada al *demi-monde*. Con esa lluvia de ironías y de fracasos, la protagonista se empequeñece, la ilusión se debilita, el interés disminuye, el arte sufre menoscabo, desaparece la poesía, y el personaje, si es más útil, es menos verdadero y menos bello.